

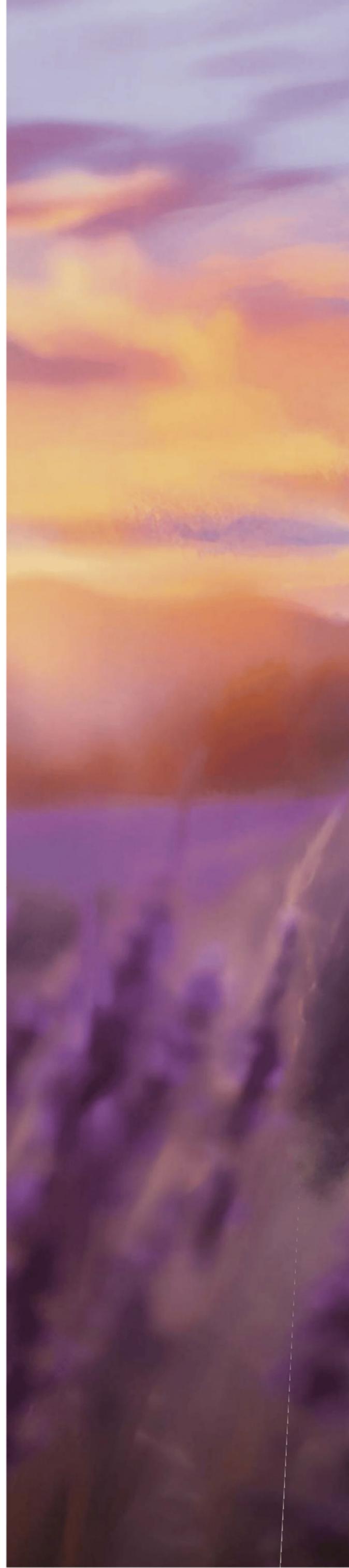
EN LOS ÚLTIMOS QUINCE AÑOS
HA AUMENTADO PRODIGIOSAMENTE
LO QUE SABEMOS SOBRE UNA
DE LAS SOCIEDADES PREHISTÓRICAS
MÁS INTRIGANTES DEL SUDESTE
PENINSULAR.

LA PRINCESA DEL ARGAR



Texto de
GONÇALO PEREIRA ROSA

Fotografías de
NURIA PUENTES





LA CULTURA DEL ARGAR

El abrupto final de la Edad del Cobre propició nuevas formas de organización social. En la mayoría de los asentamientos argáricos este fue el período fundacional, acompañado de nuevas prácticas funerarias.

2200 a.C.

La segunda fase de los asentamientos de la cultura argárica correspondió a la expansión territorial y al surgimiento de una élite guerrera. Los hombres de la élite argárica empezaron a ser enterrados con alabardas.

1900 a.C.

Los asentamientos alcanzaron su apogeo. La ampliación del territorio trajo consigo mayor desigualdad social. Las alabardas dieron paso a espadas y hachas. Algunas figuras femeninas fueron enterradas con diademas y otros símbolos de poder.

1750 a.C.

La mayoría de los asentamientos fueron abandonados. No hay indicios de una causa única, aunque la tensión social pudo ser un motivo de la desintegración. Factores ecológicos o climáticos también pudieron acelerar el final del Argar.

1550 a.C.



E

EN EL CERRO DE LA ALMOLOYA, a unos pocos kilómetros del municipio murciano de Pliego, la tranquilidad se rompe con estallidos de alegría en esta tarde de agosto de 2014. En cuclillas, espalda contra espalda dentro de un espacio mínimo, las arqueólogas Eva Celdrán y Cristina Rihuete Herrada van pidiendo al resto del equipo las herramientas que necesitan para cada manobra, como cirujanas en un quirófano. El objeto de atención es una urna de cerámica depositada en el subsuelo con los restos de dos individuos en su interior y cubierta por un banco ceremonial. Lleva ahí 3.650 años. Con el mayor de los cuidados para no destrozarse con los pies el maravilloso estucado de las paredes, las dos adoptan una incómoda pose digna de contorsionistas.

Tras retirar la capa de sellado y los primeros centímetros de tierra, ambas arqueólogas se topan con algo que nadie se ha encontrado *in situ* desde hace más de un siglo: una diadema argárica de plata, una pieza extraordinaria que en este territorio ha aparecido acompañando el ajuar funerario de un puñado de mujeres de la Edad del Bronce. Hasta ese día solo se conocían cuatro diademas de plata de su género, más otra de oro, hallada por casualidad en Caravaca de la Cruz. «Y ahora teníamos una nueva ante nuestros ojos –dice Rihuete–. La emoción de todo el equipo en ese momento fue indescriptible».

Al principio solo se veía la cinta, ya que el disco estaba oculto por el cráneo. Cuando se confirma que efectivamente se trata de una diadema, los gritos se oyen hasta en Murcia.

Todo había comenzado la víspera, cuando el equipo emprendió por fin el examen de un hallazgo de la campaña anterior, abriendo así un melón que había quedado pendiente. En 2013, este grupo de especialistas de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) había identificado, en un complejo habitacional de La Almoloya, una sala sin paralelo en las decenas de asentamientos conocidos de la cultura argárica. El nivel de la calle se había rebajado más de un metro para permitir el acceso a aquel exclusivo espacio de 130 metros cuadrados, dividido en dos por un tabique. La sala estaba bordeada por tres gradas escalonadas, con espacio para unas 50 personas, sentadas de manera que pudiesen observar una enorme hoguera y una especie de altar presidido por la figura de mayor estatus. El muro era el doble de grueso que en todas las demás construcciones del asentamiento. Los huecos dejados por los postes en el centro de la sala y adosados a las paredes encajadas no dejaban lugar a dudas: aquella estructura había estado cubierta, reformada en varias ocasiones y proyectada con una función que ningún otro espacio de aquella cultura había cumplido hasta ese momento.

La sala de audiencias de La Almoloya –en la que algunos medios de prensa han querido ver «el primer Parlamento de Europa»– asombró a los expertos en prehistoria y, como siempre ocurre en el mundo de la arqueología, aportó más preguntas que respuestas. ¿Quién se reuniría en aquella sala? ¿Qué implicaciones tendría la diferenciación jerárquica de las gradas para la estructura de poder en aquella sociedad? Y, sobre todo, ¿por qué estaban ausentes los vestigios más característicos de la sociedad argárica, lo que el arqueólogo Vicente Lull ha llamado «la muerte en casa», el enterramiento de los muertos y el ajuar propio de su categoría social en el espacio habitacional de los vivos?

En la campaña de 2013 el equipo había seguido metódicamente con la excavación e interpretación de la sala de audiencias, pero la pregunta nunca dejó de planear sobre la mente de todos. Durante las excavaciones se hallaron cuatro tumbas en el espacio palaciego. «La primera pertenecía a un hombre pobre, pues solo contenía una pequeña cerámica y parte de una pata de cabra –recuerda Celdrán–. Después apareció una urna con los restos de otro hombre y casi ninguna ofrenda. Luego, una mujer de clase intermedia, o "ciudadana", fallecida en estado de gestación. Más adelante, no en una urna ni en una cista, sino entre suelos, había una quinta persona, sin ajuar». ¿Dónde estaba la élite, pues?

A lo largo de años de investigación de los asentamientos argáricos, el equipo de la UAB había constatado que, en el apogeo de esta cultura, los ajuares funerarios diferían en función de la clase social del individuo. De pronto se daba un caso harto peculiar: en el edificio más simbólico encontrado hasta entonces no había ni rastro de la clase dominante. En una entrevista concedida a un periódico, un miembro del equipo llegó a bromear diciendo que si allí no aparecía una tumba como era debido, podrían estar ante «la mayor metedura de pata de nuestras vidas».

Todo cambió en 2014, cuando en una de las gradas se identificaron marcas de restauración, como si los constructores de la Edad del Bronce hubiesen abierto el banco en algún momento para volver a cerrarlo después. Si en la sala de audiencias se hubiese enterrado un miembro



Contemplada en perspectiva, la sala de audiencias de La Almoloya intriga por su arquitectura sin parangón. En un lugar donde cada centímetro cuadrado se destinaba a viviendas o callejones, es significativo que en la fase 3, unos 1750 años antes de nuestra era, dedicasen una superficie tan importante para un espacio de asamblea o reunión política. No se ha hallado ningún objeto que atribuya a esta sala una función productiva o residencial.



de la élite, tendría que estar allí. La apertura de aquella estructura impecablemente estucada reveló la tumba de la princesa y su compañero.

En cuatro días excavaron la tumba de principio a fin. Hallaron los restos ricamente adornados de una mujer de entre 25 y 27 años y localizaron anillos, pulseras, cuentas de collar y dilatadores de oreja de plata. Bajo el esqueleto de la «princesa de La Almoloya» yacía su compañero, un hombre

de entre 35 y 40 años que hizo el viaje al más allá pertrechado con una daga, dos dilatadores de oro y dos grandes porciones de una pata de bovino.

El tercer día –los dioses de la arqueología no siempre son clementes– todo salió mal. El generador que alimentaba la aspiradora con la que se retiraba la tierra dejó de funcionar. Estaban en plenas fiestas de la Virgen de agosto y era urgente encontrar un nuevo generador en Pliego.



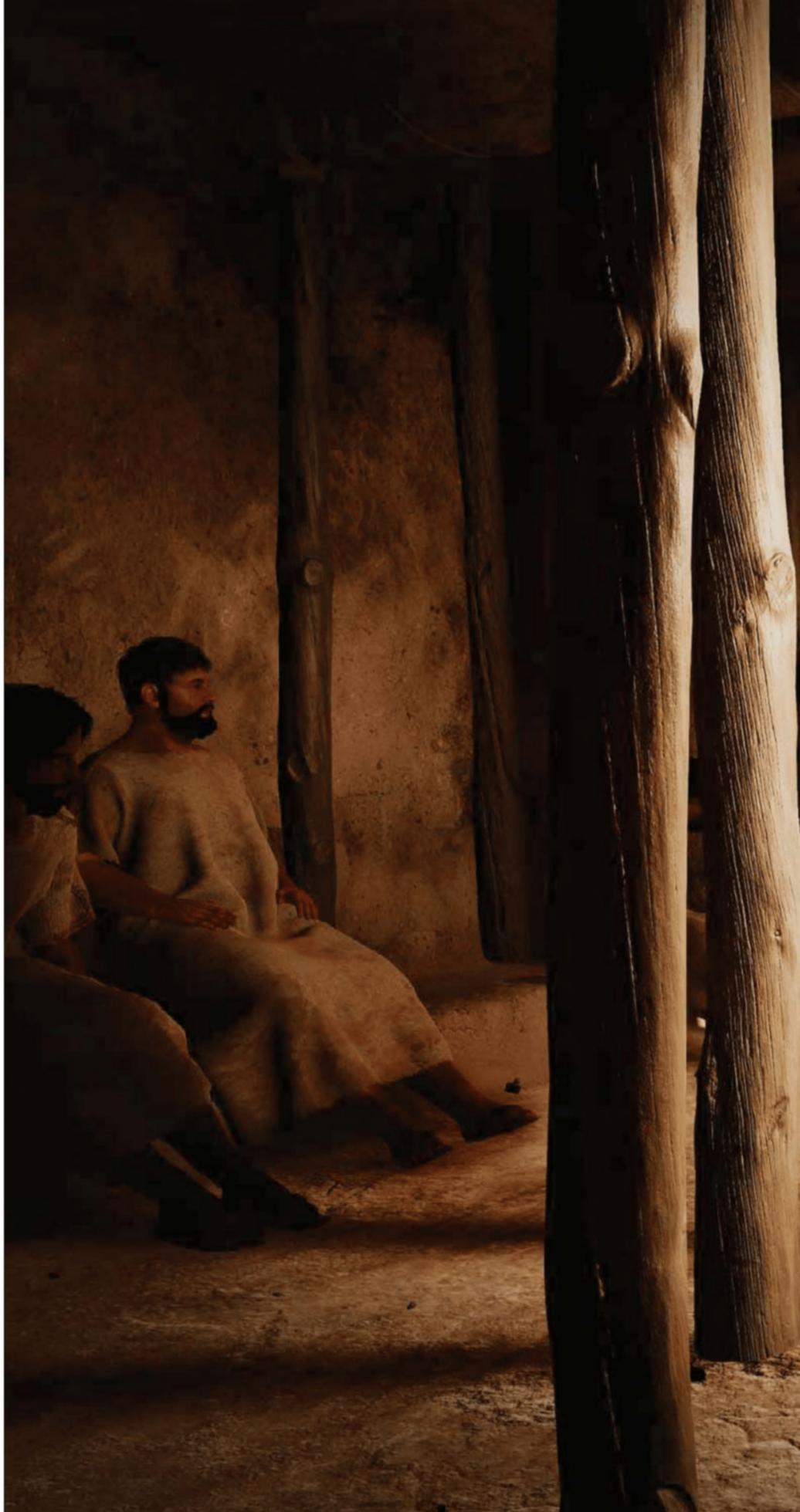
- ★ Tumba principesca
- Hoyo de poste

5 m

UN ANTIGUO PARLAMENTO

Esta reconstrucción de la sala sugiere la disposición de los participantes en las asambleas, sentados en tres niveles distintos de autoridad y mirando hacia el nivel más alto, donde probablemente se sentaría la figura más poderosa. Delante del enorme hogar se descubrió la tumba principesca, con el ajuar funerario de la princesa y su compañero, que presenta marcas de un traumatismo craneal cicatrizado y que, a juzgar por los huesos de las piernas, probablemente practicaba la equitación. La distancia regular entre los postes adosados a las paredes estucadas sugiere que el espacio fue planificado. La sala pudo haber estado en uso durante cerca de un siglo.

ILUSTRACIÓN: WWW.PIXELDREAMS.INFO; PLANO: ASOME-UAB



Miguel Valério, otro arqueólogo del grupo, entró en el bar de la calle principal, con la inmensa suerte de que el único parroquiano presente era mecánico y solucionó el problema.

El cuarto día, Vicente Lull, alma del proyecto, estaba comprando comida para todos cuando le dieron la noticia: no solo había una tumba de la élite, sino que además había aparecido una diadema. «Dejó las bolsas en el supermercado y vino corriendo hasta aquí –sonríe Eva Celdrán–. El WhatsApp del equipo ardía con tantos mensajes».

«Imagínense a esta mujer en la sala de audiencias –me dice Vicente en uno de los laboratorios

del campus de Bellaterra de la UAB–. Los otros la mirarían, observarían su figura, lo que vestía, impresionados por el brillo de la plata y el tintineo de los adornos. Los dilatadores de oreja debían de ser impresionantes. El magnetismo de su juventud. Sería una mujer excepcional, aunque quizá su aspecto no coincidiera con los estándares de belleza actuales».

Aquel mes de agosto de 2014 todavía depararía más sorpresas. Los dos individuos ocupaban la misma tumba y sus esqueletos estaban en conexión anatómica, es decir, habrían muerto con poco tiempo de diferencia, lo que hizo posible

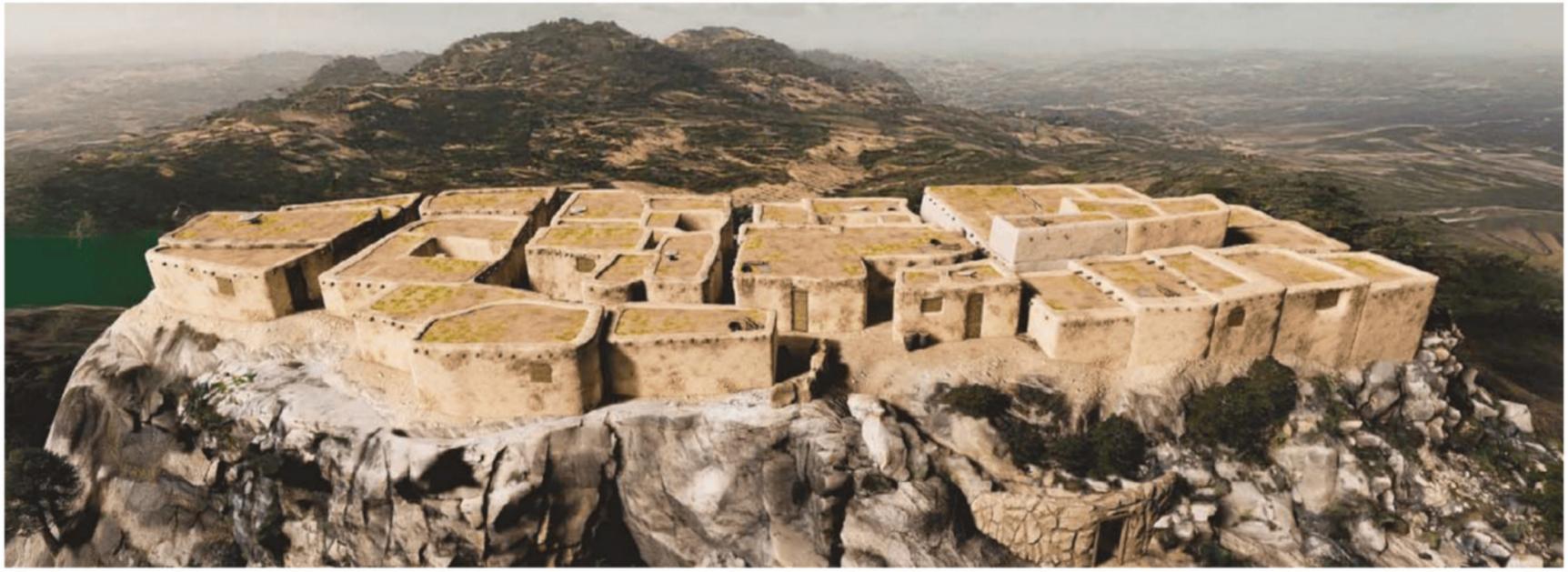


enterrarlos juntos. «No sabemos si fue una semana, dos meses o tres, pero no más –explica la arqueóloga Camila Oliart, una de las expertas en antropología del equipo–. Pero se puede decir que la vasija fue reabierto una vez y finalmente sellada». Tras 140 años de avances y retrocesos en este campo, comenzaba por fin una nueva era en la investigación sobre la cultura argárica.

IMAGINE UN ASCENSOR DEL TIEMPO. Entramos en la cabina, y el primer trayecto nos lleva a 1883. Estamos en la zona de Almería y Murcia, en la costa del sudeste de España, donde los hermanos

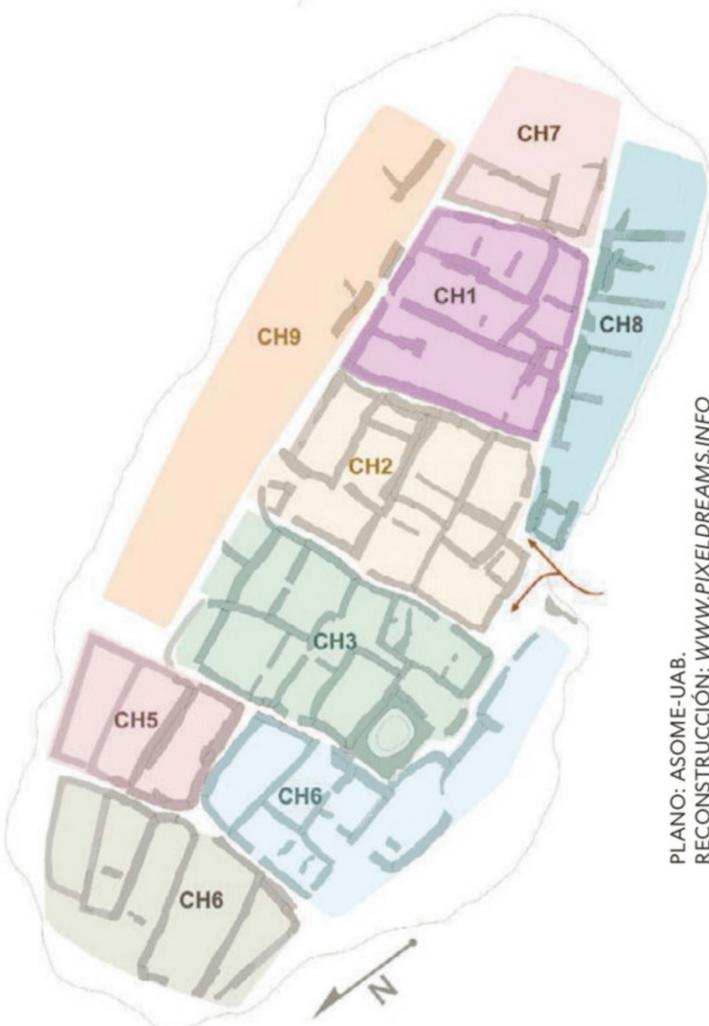
belgas Louis y Henri Siret trabajan en obras de ingeniería y minería. Apasionados de la arqueología, les llegan rumores de que en un lugar cercano a la localidad almeriense de Antas aparecen de vez en cuando huesos y extraños objetos metálicos. El cerro en cuestión es conocido como El Argar y dará nombre a una de las culturas más asombrosas de la prehistoria ibérica.

Los hermanos Siret y su capataz, Pedro Flores, excavan metódicamente cientos de tumbas. Enseguida se dan cuenta de que los materiales extraídos del suelo no tienen paralelo en casi ninguna civilización conocida.

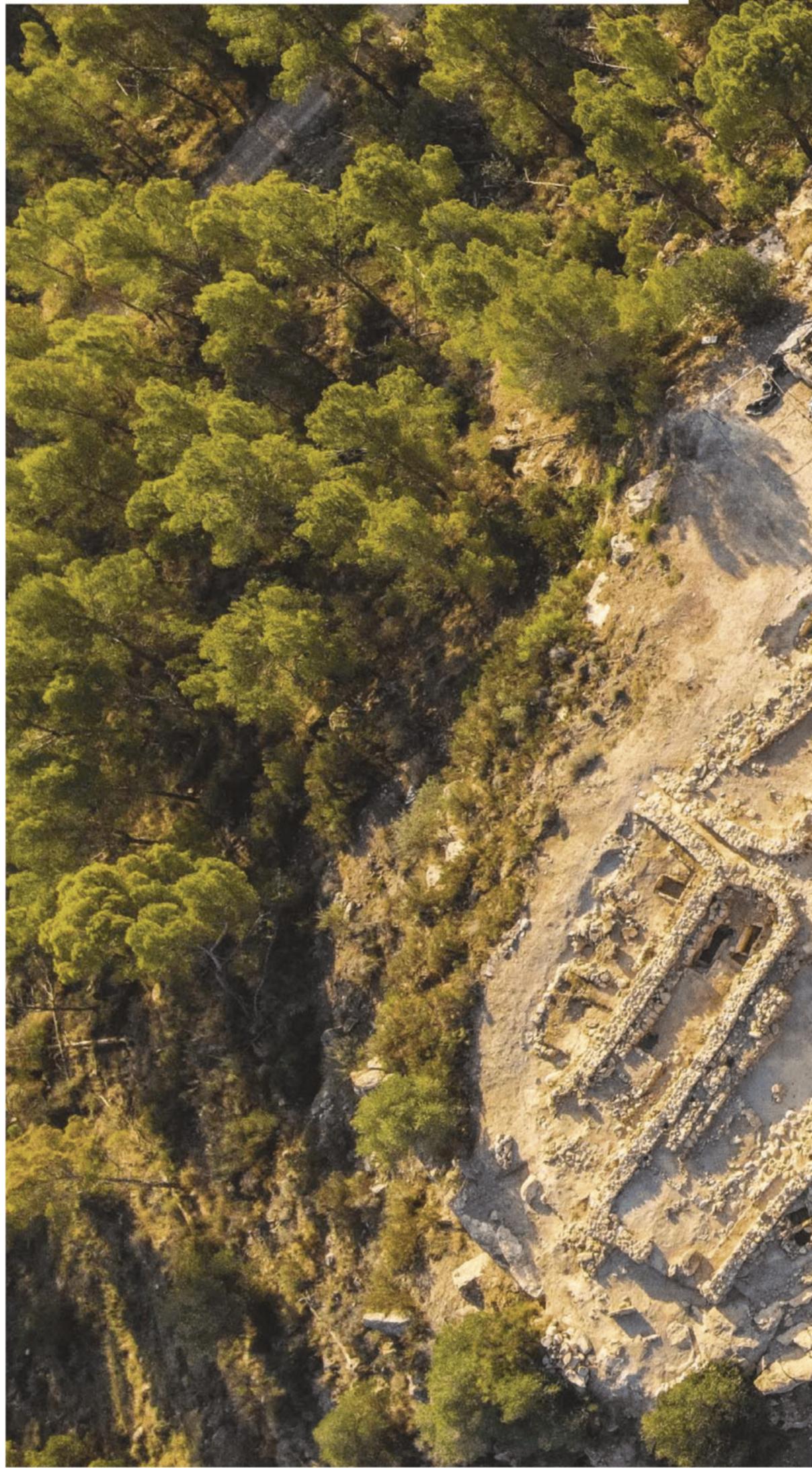


UNA CIUDADELA SUPERPOBLADA

Esta imagen de dron (derecha) y una reconstrucción (arriba) revelan la compleja arquitectura de La Almoloya, que los expertos han dividido en nueve complejos habitacionales (CH) distintos. En algunos, como bajo el CH9, fue posible recuperar los estratos de la fase 1 del asentamiento. El CH7 era el complejo arquitectónico más dañado por los saqueadores cuando el equipo del proyecto llegó en 2013, pero por suerte aquellas excavaciones ilegales afectaron muy poco al CH1, que revelaría la sala de audiencias y la tumba principesca. En La Almoloya se han recuperado 160 tumbas, y el equipo calcula que pueden haber desaparecido otras 50 desde que el ingeniero Emeterio Cuadrado llevó a cabo en 1944 unas breves excavaciones con las que dio a conocer el yacimiento.



PLANO: ASOME-UAB.
RECONSTRUCCIÓN: WWW.PIXELDREAMS.INFO





Vicente Lull, Rafael Micó, Eva Celdrán, Miguel Valério y Camila Oliart (de izquierda a derecha) conforman, junto con Cristina Rihuete, ausente en esta foto, el sexteto que ha excavado los yacimientos de La Bastida y La Almoloya en los últimos años.



En las sepulturas del asentamiento argárico existe una estratificación: algunos hombres aparecen enterrados con armas y algunas mujeres, con joyas o utensilios de su oficio, como punzones. En cuatro casos extraordinarios los Siret encuentran diademas de plata, «coronas de soberanas» en sus propias palabras. También en otros yacimientos habían aparecido diademas de plata, pero sin el característico disco frontal del Argar.

Incansables, hasta 1886 los ingenieros belgas buscan paralelos en otras culturas en las que las mujeres ejercían funciones de soberanía. Los detallados dibujos de los objetos se divulgan por toda la Europa culta e incitan a aventureros y

científicos a emprender sus propias excavaciones. Aparecen otros yacimientos en las provincias de Almería y Murcia. Algunas piezas se envían a museos extranjeros; otras se pierden para siempre. «Hay mucho mérito en el trabajo de los Siret y en los diarios de Pedro Flores, el protagonista directo de la mayoría de los descubrimientos –afirma el arqueólogo Rafael Micó, miembro del equipo de la UAB–. Pero hasta nuestro descubrimiento, nunca se había excavado una tumba tan rica utilizando métodos científicos».

Por metonimia, El Argar pasa a denotar toda una cultura de los inicios de la Edad del Bronce que estuvo activa durante unos 650 años, entre

Camila Oliart forma parte del grupo de investigadores dedicados al estudio de los vestigios osteológicos. Gracias a una colaboración con el Instituto Max Planck ha sido posible establecer relaciones de parentesco entre individuos de distintas tumbas.



2200 y 1550 a.C., en Andalucía, la Región de Murcia, la Comunidad Valenciana y Castilla-La Mancha. En las primeras décadas del siglo XX, hallazgos fortuitos y campañas esporádicas proporcionaron más información y ampliaron el territorio conocido. También revelaron la tendencia argárica a construir asentamientos en cerros escarpados, a menudo amurallados, síntoma de una época en la que la violencia está presente y marca el ritmo de la vida cotidiana. «Aún no hemos encontrado muchos cadáveres con síntomas evidentes de violencia, pero eso no significa que esa violencia no impregnase toda la vida argárica», apunta Micó. Y también

emergen asentamientos de llanura, estos a cargo de la producción agropecuaria que abastece a los poblados de las alturas.

«En muchos sentidos, aquí hay evidencias de uno de los primeros Estados de la prehistoria», añade Micó. El criterio para afirmar que en una población argárica estaba presente un Estado es sencillo: «Tendría que existir una explotación económica evidente, con diferentes clases sociales, en la que una trabaja para abastecer a la otra. Y esta explotación tendría que ser sostenida por el uso institucional de la coerción física por parte de quienes tienen el monopolio de la violencia».

Pero volvamos al ascensor del tiempo para avanzar un siglo. Es la década de 1980. Vicente Lull dedica su investigación doctoral a los vestigios dispersos de la cultura argárica. Reune pistas de múltiples excavaciones y hallazgos, a partir de las cuales distingue tres clases sociales en la estructura argárica: la dominante, enterrada con armas y joyas; la de los individuos de rango medio poseedores de algunos derechos sociales, enterrados con herramientas de trabajo, y una clase de esclavos o siervos, sin apenas ofrendas. También excava el asentamiento de Gatas.

Poco a poco, el mapa cronológico y espacial de una cultura común va tomando forma. «De hecho, la cultura del Argar no puede entenderse en cada uno de estos yacimientos arqueológicos como un lugar independiente –dice Lull–. El territorio fue organizado para extraer materias primas, que se producen de manera diferente en los distintos tipos de asentamientos. Para lograrlo, fue necesario centralizar recursos y crear cohesión. No basta con construir una muralla para crear un Estado. Pero cuando la muralla existe para mantener a unos a salvo de otros y cuando los bienes producidos empiezan a tener circuitos comerciales que requieren trabajadores no primarios y otros que son casi siervos, esto implica un nuevo orden social».

En la transición al siglo XXI, la cultura argárica era un rompecabezas con más piezas ya ensambladas, pero en el que aún no se vislumbraba el cuadro final. En 2007 Lull revisitó yacimientos de la Región de Murcia. En el asentamiento de La Bastida, excavado en la década de 1940 y abandonado después, abundaban la basura y las marcas de expolio, que en la región llaman toperas. Preocupado por lo que vio, se dirigió al Ayuntamiento de Totana y a la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia para presentar una queja formal, pero en lugar de eso lo convencieron de que presentase un proyecto de investigación, excavación y musealización. Lull articuló un equipo en la UAB y puso sus miras en dos yacimientos que preveía decisivos gracias a su conocimiento del terreno y a las vagas informaciones legadas por los arqueólogos que habían trabajado allí de forma esporádica. Uno era La Almoloya. El otro, La Bastida.



Las tumbas de cista (enterramiento que consiste en cuatro losas verticales en forma de «caja» rectangular) se cuentan entre las más comunes de la cultura argárica, solo superadas en número por las urnas de cerámica. El ajuar es testimonio esencial de la clase social de cada individuo.



EXCAVADO EN 1869 por el ingeniero Rogelio de Inchaurrendieta, el asentamiento de La Bastida probablemente estuvo ocupado entre los años 2220 y 1550 a.C. Inmenso, extendido sobre una ladera de acceso casi imposible, su finalidad defensiva, reflejada en una muralla cuyo punto más alto alcanzaría los seis o siete metros, es evidente. Hoy el equipo del Proyecto La Bastida ya ha excavado cuatro torres de la cara norte, la única que podría ser asaltada por un grupo invasor, ya que las demás están defendidas por barrancos y un precipicio desde el que, como gusta decir a Rafael Micó, «solo se cae una vez».

El guía de nuestra visita a esta ciudad escondida es Miguel Valério, el sexto miembro del equipo, un portugués afincado en Murcia especializado en prehistoria y escrituras antiguas. «Era casi inexpugnable –dice de la fortaleza–. Aún no sabemos si había más entradas en la parte alta del cerro, pero la puerta que conocemos está construida en la pendiente, bajo las torres que estarían recubiertas de marga, lo que alisaría la superficie e imposibilitaría la escalada». Por un momento, Miguel se imagina en la Edad del Bronce, con un arma en la mano derecha y un escudo en la izquierda. «Todo estaría en tu contra una vez que cruzaras el canal. Para derribar la puerta, necesitarías un ariete, pero falta espacio para maniobrarlo. Si aun así lograbas entrar, tendrías que recorrer un pasillo estrecho, bajo una lluvia de proyectiles, que terminaría en una curva en L, ideal para emboscadas. Esta muralla la construyó alguien con muy mala idea», bromea.

Eva Celdrán dedicó su tesis doctoral a la arquitectura de La Almoloya y ha estado en todos los trabajos llevados a cabo en La Bastida durante los últimos 15 años. «La primera muralla data de la época inicial del asentamiento, en 2200 a.C., pero fue reforzada en la época de auge de la cultura argárica, cuando La Bastida ya no era un territorio fronterizo», explica. Aun así, añade Lull, «siguieron construyendo y reparando paños de muralla. Es comprensible que lo hicieran en 2200 a.C. Habría tal agitación y violencia que si la puerta de tu ascensor del tiempo se abriera, tal vez pronto estaríamos en combate. Nadie construiría una muralla tan gruesa si no la necesitara, y esto es una prueba de la violencia militarizada

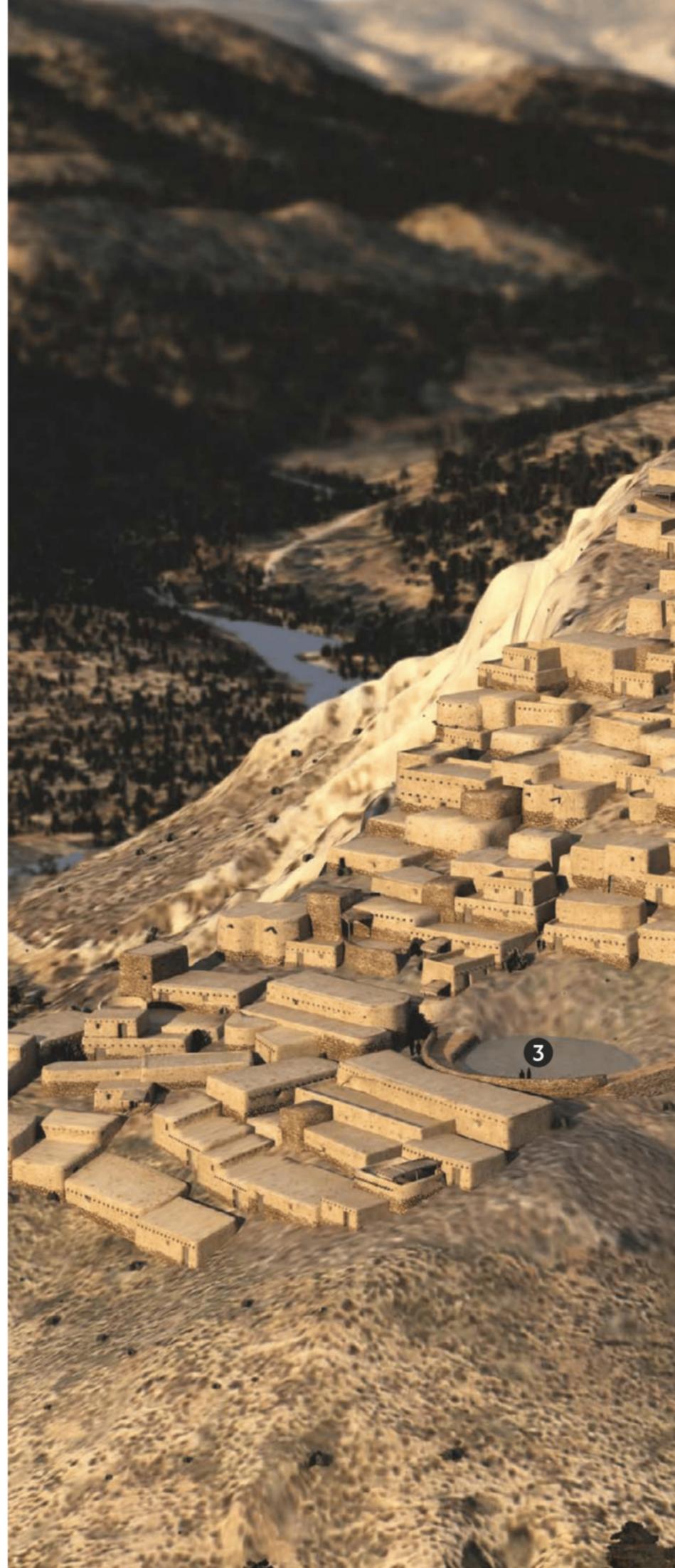


ILUSTRACIÓN: DANIEL MÉNDEZ/ASOME-UAB/REVIVES

de la época. Pero es posible que también haya servido para encerrar a la propia población y crear un sentimiento de identidad diferencial».

«LA ARQUITECTURA NUNCA ES INOCENTE». Es una frase que Vicente Lull utiliza tanto para comentar el campus de Bellaterra, situado en las afueras de Barcelona, como para explicar el factor que hace de La Bastida un lugar especial.



UN MILLAR DE HABITANTES

En esta reconstrucción, que extrapola la prolongación del tramo de muralla, de momento solo conocida hasta la quinta torre (1), las defensas naturales de la ciudad son claramente evidentes. La Bastida estaba protegida por defensas naturales en tres de las cuatro vertientes, sin necesidad de muralla. Un profundo barranco (2) habría dificultado todavía más el paso de un nutrido grupo de asaltantes. La enorme balsa (3) tuvo dos fases de construcción; la versión final, impermeabilizada y contenida con un nuevo dique, almacenaría unos 350.000 litros de agua para uso doméstico y productivo. A partir de cierto nivel del talud (4), todavía se desconocen los vestigios arqueológicos. Es posible que la ciudad tuviese otra puerta de entrada situada pendiente arriba (5).

En un innovador test de arqueología experimental, el equipo del Proyecto La Bastida reconstruyó una casa utilizando técnicas y materiales de la Edad del Bronce para facilitar la interpretación y, al mismo tiempo, estimar en tiempo real el ritmo de degradación de los materiales utilizados.



En su día debió de ser uno de los lugares con mayor densidad de población de la península ibérica: se calcula que pudo haber albergado a un millar de habitantes. Quizá fuese una capital, pero sobre todo es una obra de la que se enorgullecería un ingeniero moderno. Los callejones entre viviendas eran claustrofóbicos y restringían la libertad de movimientos. Lejos del suelo fértil, La Bastida ejercería un poder político en el que el control del agua sería vital. «El agua y la violencia eran las obsesiones de la comunidad que fundó La Bastida», dice Rafael Micó.

Una enorme balsa de 350.000 litros de capacidad garantizaba el abastecimiento de agua a la

ciudad y el desarrollo de actividades productivas como la metalurgia. Contaba con una impermeabilización extraordinaria. «El canal para la conducción de agua es otra maravilla arquitectónica», recuerda Micó. En 2018, y gracias a una beca de investigación de National Geographic Society, se excavaron más de 70 metros del trazado de este canal, que abastecía de agua a la primera comunidad que habitó La Bastida.

Sin embargo, para comprender La Bastida, es necesario montar de nuevo en el ascensor del tiempo, porque este, como muchos otros asentamientos argáricos, debe entenderse como una partida de ajedrez tridimensional, con piezas

El interior de las casas sigue planteando interrogantes. Se desconoce cuántas personas habitaban en cada vivienda. La producción de tejidos se realizaba sin duda en la casa. Los tejados probablemente tenían una abertura para la salida de humos del hogar.



repartidas por los tableros correspondientes a los años 2200, 2000 y 1750 antes de nuestra era. Son las tres fases del Argar.

UN ASENTAMIENTO ARGÁRICO TÍPICO es como una tarta de varios pisos, rehecha por un repostero eternamente insatisfecho que hace y deshace su obra. La capa más reciente es la más expuesta y, por tanto, la mejor conocida. En algunos asentamientos es posible descender al siguiente nivel –el de la fase 2–, donde el tejido urbano se torna más compacto y el subsuelo comienza a cuajarse de tumbas individuales. En lugares concretos es posible recuperar información de la primera

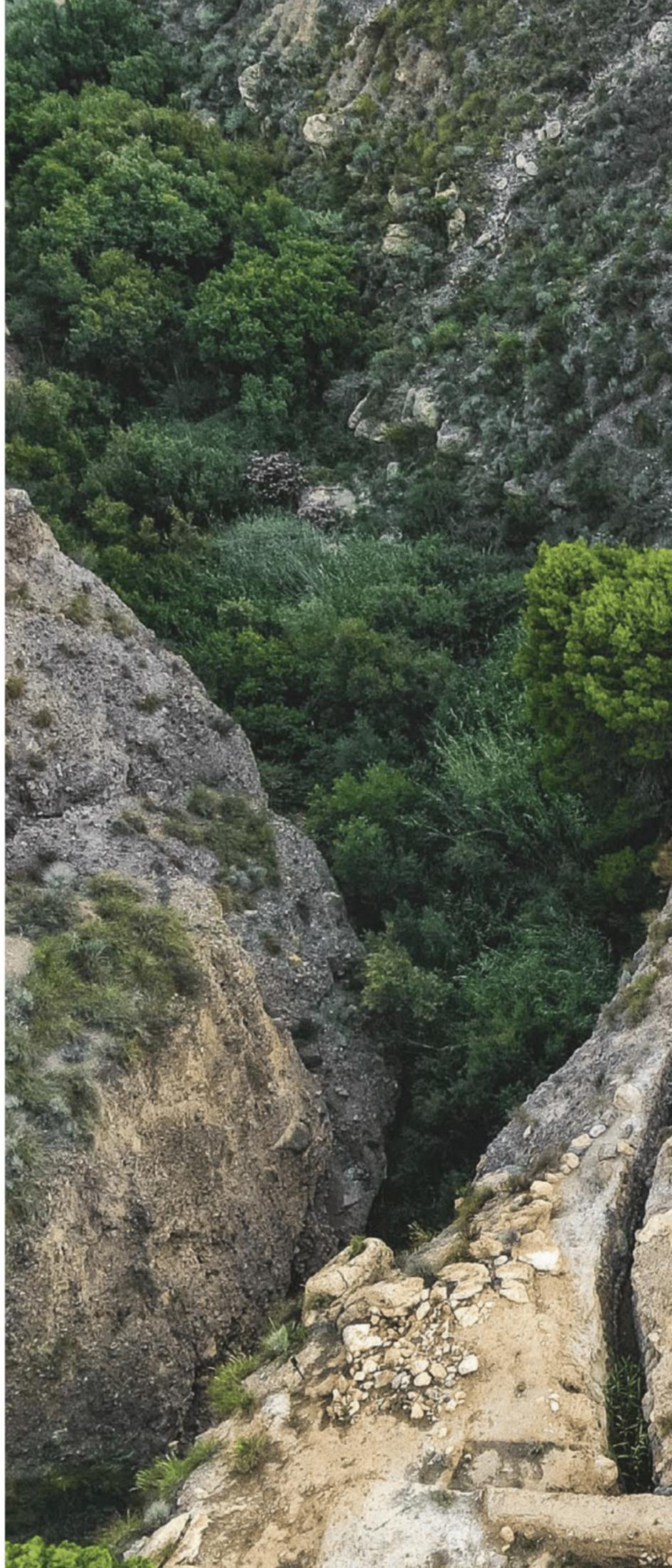
fase, pero por norma general eso pasa por tomar decisiones difíciles y destruir capas posteriores.

Poco se sabe acerca de las primeras gentes de esta cultura. La Edad del Cobre terminó en crisis y, con ella, tocaron a su fin las prácticas funerarias fuera de la zona habitada, con los muertos depositados en panteones megalíticos colectivos. El desarrollo de la metalurgia del cobre trajo consigo algo nuevo: por primera vez se construyeron herramientas de metal con la función específica de matar y, por alguna razón, los principales asentamientos del sudeste peninsular se enclavaron en cerros, dando prioridad a la defensa militar y al control de los recursos.

En la transición al nuevo milenio, en el año 2000 a.C., casi todos los asentamientos fueron incendiados y reconstruidos con materiales más firmes en un frenesí constructivo. La práctica funeraria experimentó un cambio radical: llegaron las sepulturas individuales acompañadas de ajueres socialmente definidos. Algunos individuos empezaron a ser enterrados bajo el suelo de las casas, en sentido literal. Las sociedades se estratificaron y se formó una élite guerrera. La siguiente fase, en torno a 1750 a.C., correspondió al auge de estos asentamientos, pero también a la agudización de las diferencias sociales. El área de influencia de esta cultura se amplió hasta los 35.000 kilómetros cuadrados. Puede que algunos hombres ejerciesen el monopolio de la violencia, pero también fue la época en la que surgieron las mujeres gobernantes, con su propia estética del poder. Todo ello ha quedado registrado en los mapas tridimensionales de los asentamientos y se desprende de los cientos de tumbas ya examinadas. Pero hay otro indicador relevante...

CAMILA OLIART ES UNA FUERZA de la naturaleza. Miguel Valério y Eva Celdrán suelen decir que se cayó en el caldero de la poción mágica del druida galo, tal es su energía. Su tesis doctoral, dirigida por Cristina Rihuete, se centró en la colección osteológica de La Bastida y en lo que podemos inferir sobre las condiciones de vida de este lugar a partir de los esqueletos.

Al mismo tiempo, el grupo de investigación de la UAB llevó a cabo un trabajo pionero en España analizando el ADN de 68 individuos aparecidos en las tumbas de La Almoloya en colaboración con el Instituto Max Planck. Los huesos y dientes con más probabilidades de conservar moléculas de ADN antiguo se guardaron en cajas de poliestireno y se enviaron a Alemania, donde los procesaron Vanessa Villalba-Mouco y Wolfgang Haak. El análisis bioarqueológico permitió establecer más de 30 relaciones directas de parentesco hasta la tercera generación, algo sin precedentes en un yacimiento prehistórico. Gracias a este trabajo genético, los mapas tridimensionales de las dos últimas fases argáricas empezaron a estar conectados por los tenues pero firmes hilos de la biología.



Volvamos a la tumba 38 de La Almoloya, la de la princesa y su acompañante. Tras el descubrimiento, el equipo envió a Leipzig fragmentos de molares y del peñasco de los huesos temporales de la pareja. Los resultados fueron espectaculares. El vínculo quedó demostrado: aquel hombre y aquella mujer tuvieron una hija, enterrada a la edad de dos años en una tumba doble sobre una plataforma cercana a la sala de audiencias.

En esa sepultura también yacían los restos de otra niña, de entre 6 y 7 años, hija del hombre, pero no de la princesa. «Sería hija de otra mujer que aún no conocemos», dice Eva Celdrán.

Hay otros casos curiosos de parentesco. Uno de los hombres enterrados en La Almoloya era padre o abuelo de una mujer cuya tumba apareció bajo una iglesia de Lorca, a 50 kilómetros. Las relaciones biológicas han permitido sacar conclusiones sobre la movilidad de estas comunidades: no hay una sola mujer adulta emparentada con otra mujer adulta en La Almoloya, lo que sugiere que a partir de cierta edad las mujeres (más que los hombres) se mudaban de población, quizás en intrincados acuerdos matrimoniales.

¿QUÉ QUEDA POR DESCUBRIR? Los seis miembros del equipo dan diferentes respuestas a mi pregunta. La identificación de otra princesa proporcionaría material para compararlo con el de la protagonista de La Almoloya. La excavación de La Bastida promete trabajo para dos vidas enteras. El recuento de los muertos es otra cuestión decisiva: el número de tumbas conocidas, aun descontando las que hayan podido ser expropiadas, no coincide con las estimaciones de población de cada asentamiento, lo que sugiere que no todos los argáricos se enterraban en sus casas.

Pero lo que más quita el sueño a los arqueólogos quizá sea la comprensión de la primera fase del Argar. Encontrarla y estudiarla tal vez sería la clave para entender la motivación de los primeros pobladores, fuesen indígenas, forasteros o mezcla de ambas cosas. ¿Quién fue esa gente que decidió establecerse en asentamientos de altura, atrincherarse y crear un Estado donde nunca había existido nada semejante?

«Dudo que tuvieran esa intención original –dice Vicente Lull–. Lo argárico no estaba desarrollado en el año 2200 a.C., sería el comienzo, de igual modo que el capitalismo aún no se había formado en los siglos XV o XVI. Allí habría una chispa, un indicio de lo que estaba por venir».

Cristina Rihuete añade: «Si le dijeras a alguien en el siglo XVIII que un telar mecánico impulsaría la revolución capitalista, no lo creería. En la cultura del Argar sería similar. El comienzo debió de ser modesto. Pero seguiremos excavando». □

LAS ARMAS DE UNA NUEVA SOCIEDAD

El ajuar funerario de los hombres argáricos abre una ventana a un mundo cada vez más militarizado que, a lo largo de los 650 años de existencia de esta cultura, modificó el arte de la guerra y otorgó un papel cada vez más importante a los guerreros. La sociedad argárica no inventó armas como la alabarda o la espada, pero sí redimensionó su función. El análisis estadístico y cronológico de las armas halladas en decenas de tumbas ha permitido definir etapas concretas en la institucionalización de la violencia.



PUÑAL ENVUELTO EN LINO

Procedente de la tumba 21 de La Almoloya, este puñal conserva restos de la tela de lino que lo envolvía. El óxido de cobre impidió que las bacterias de la materia orgánica lo destruyesen.